



EL PROFESOR

Por TOMÁS GUENDELMAN BEDRACK

pág. 26

OPINIÓN

“No obstante el ajetreo que significaba desempeñar su función, don José renació frente a sus alumnos, para hacerles sentir el amor por las letras y la historia de los grandes escritores”.

Don José despertó, como de costumbre, a las cinco de la mañana, media hora antes de que sonara su despertador. La cama ya no era tan placentera como en el pasado, de modo que se incorporó, puso en silencio el despertador y se preparó su desayuno habitual: un tazón grande de té con una cucharada de miel y una marraqueta “de ayer”, recalentada en el tostador. Completó su rutina de la mañana y a las seis se encaminó al terminal del bus que lo llevaría desde su casa, en el paradero veintidós de La Florida, hasta la Alameda, lugar en el que tomaría un segundo bus que lo dejaría a las siete y media en las puertas del colegio particular en que enseñaba, situado en la última zona urbana al oriente de Santiago, a los pies de la cordillera. Tenía calculado que si salía diez minutos más tarde, llegaría a las ocho y media a su trabajo, lo que era inaceptable para el colegio, y especialmente para él.

Enseñaba Literatura en tercero y cuarto medio, materias por las que tenía un contrato bastante generoso de veinte horas semanales mensuales, según la jerga tradicional en que se mide el tiempo en los establecimientos educacionales. Digo generoso, pues su labor frente a los alumnos era de

tan sólo doce horas, recibiendo ocho horas de bonificación para tareas no frontales y compensaciones por traslados, más una suma modesta, pero digna, para el almuerzo. El contrato no establecía horas extraordinarias por la revisión de los trabajos de los alumnos, lo que hacía en forma regular todos los fines de semana.

Él no se quejaba, pues comprendía que no existía más carga horaria disponible en el colegio, pero no cabía duda que el ingreso mensual que este contrato le reportaba era insuficiente para sus más mínimas necesidades. Por otra parte, las ocho horas compensatorias se podrían ubicar en horarios discrecionales, pero las doce frontales estaban reguladas por un horario fijo y distribuido en la semana, con prolongadas lagunas en algunos días, pues a un curso le dictaba clases de ocho a nueve y media de la mañana y a otro, el mismo día, de tres a cuatro y media de la tarde.

Había logrado paliar un poco esta difícil situación laboral con un contrato complementario por cuatro horas semanales mensuales en un liceo particular subvencionado, ubicado en Avenida España cerca de Blanco Encalada, las que cumplía en dos días

de la semana, utilizando para ello las respectivas lagunas que le dejaba el colegio particular del sector oriente. El ingreso total no crecía mucho, y menos aún si se agregaba el costo adicional por transporte de ida y regreso a lo largo de Las Condes, Apoquindo, Providencia y la Alameda. El trayecto por Avenida España lo hacía caminando y, por lo general, ese día no almorzaba, con lo que se ahorra el gasto en colación, pero no lo atribuía a razones económicas sino espirituales, confiando en la sabiduría de Siddartha de incorporar el ayuno en su rutina habitual.

Faltaba dinero y había que conseguirlo. Además, él era un profesor por vocación, con cerca de treinta años de ejercicio profesional, y no obstante todo el ajetreo que le significaba desempeñar su función, renacía y recuperaba sus energías al pararse frente a treinta muchachos, a los que se esforzaba por hacerles sentir el amor por las letras y la historia de los grandes escritores, con vidas generalmente muy miserables que escondían tras la belleza de sus escritos. No podía desarrollar otra actividad que la docente, pues no sabría hacerla, de modo que aceptó dar clases particulares, en horario vespertino, a un par

de jóvenes de bajo rendimiento en materias de su ámbito, exigibles en las pruebas de selección universitaria vigentes. Los honorarios por hora de clase eran varias veces superiores a su equivalente contractual, con lo que lograba dar forma final a su ingreso total del mes.

Un cierto día, particularmente frío, en el mes de junio, llegó a las seis de la tarde a la casa de uno de los muchachos, en la parte alta de Santa María de Manquehue. Si bien quedaba cerca del colegio, no era menos cierto que la caminata con frío y humedad, subiendo por la empinada Avenida Carolina Rabat, desde Santa María hacia el cielo, le quitaban gran parte de las fuerzas que aún le quedaban. La madre del muchacho captó el hecho y en un gesto de gran humanidad, le ofreció una taza de té y un sándwich, que don José aceptó encantado, pero que estimó necesario consumir simultáneamente con el desarrollo de su clase. Le pasó un libro al joven y le pidió que leyera en voz alta un trozo de un poema de Rubén Darío. Él, durante la lectura, iría corrigiendo pronunciación, le enseñaría a rescatar los elementos gramaticales de la oración, las formas verbales, le explicaría los conceptos que debía dominar

para tener una correcta comprensión de su lectura y, por añadidura, le hablaría del autor, uno de los más grandes poetas latinoamericanos de todos los tiempos.

El joven inició la lectura en voz alta mientras don José se ponía cómodo en un confortable sillón de la cálida sala de estudios y recibía una bandeja con un humeante tazón de té, una jarrita con leche fría y un crujiente sándwich de queso fundido con jamón en pan de molde tostado, que agradeció con gran dignidad. Sin embargo, al hambre se sumaba el cansancio y el frío que sentía antes de llegar a casa de su alumno, por lo que se inclinó frente al hirviente tazón, le agregó un chorrito de leche, dio una generosa mascada al sándwich y, con sus mejores modales, esperó hasta que pudo detener la lectura del joven y darle las diversas explicaciones y correcciones que el texto leído le había sugerido.

Don José sólo recuerda su último sorbo de té, que siguió al último trozo de sándwich que consumió. De ahí en adelante, se olvidó de todo; se durmió. Nadie lo interrumpió sino hasta la siete y media de la tarde, para decirle que la clase había terminado. 